

ÁLVARO SOFFIA SERRANO

LEA EL MUNDO CADA SEMANA

Prácticas de Lectura en Chile, 1930-1945

ESTE LIBRO ES UN APORTE DEL
CONSEJO NACIONAL DEL LIBRO Y LA LECTURA A LAS
BIBLIOTECAS PÚBLICAS DEL PAÍS



EDICIONES
UNIVERSITARIAS DE
VALPARAÍSO



GOBIERNO DE CHILE
CONSEJO NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA

© Álvaro Soffia Serrano, 2003
Registro Propiedad Intelectual N° 128.097
ISBN: 956-17-0342-4

Diseño: Guido Olivares S.
Diseño de Portada: Josefina Johansen S.
Fotografía: Verónica Muñoz S. y María Jesús Zúñiga J.

Corrección de Estilo: Loreto Echeverría R. y Olga García H.
Corrección de Pruebas: Osvaldo Oliva P.
Edición: Álvaro Soffia S.

Ediciones Universitarias de Valparaíso
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
www.euv.cl
Calle Doce de Febrero 187, Valparaíso
Teléfono (56-32) 27 30 87
Fax (56-32) 27 34 29
euvsa@ucv.cl

Tirada de 800 ejemplares

Impreso en Salesianos S.A.

HECHO EN CHILE

A Paula

*A cada minuto nos sentimos
aplastados por la idea y la sensación
del tiempo. Y no hay más que
dos recursos para escapar a esa
pesadilla, para olvidarla: el placer
y el trabajo. El placer nos gasta.
El trabajo nos fortifica. Elijamos.*

Charles Baudelaire

ÍNDICE

| | |
|---|------------|
| Prólogo de Eduardo Cavieres | Pág. 11 |
| Introducción | 33 |
| Agradecimientos | 51 |
| PRIMERA PARTE: Teoría de la historia de la lectura .. | 53 |
| 1. Situación de la Historia Cultural | 55 |
| 2. Historia del Libro | 75 |
| A. Historia del Libro en Chile | 76 |
| B. Críticas y Desplazamientos | 87 |
| 3. Historia de la Lectura | 93 |
| A. Tres polos de análisis | 113 |
| B. Comunidades de Interpretación | 119 |
| C. ¿Historia de la Lectura en Chile? | 129 |
| SEGUNDA PARTE: Lea el mundo cada semana | 139 |
| Prácticas de Lectura en Chile, 1930-1945 | 141 |
| 1. Mundo del Texto | 145 |
| A. El Sentido de las Formas | 146 |
| Años de expansión editorial | 146 |
| Prefiera ediciones nacionales. Oferta de libros .. | 157 |
| Diarios de la época | 168 |
| Novedad sin fin. La estratégica diversidad de las revistas | 172 |
| Áreas de circulación de lo impreso | 195 |
| Seducir por el ojo. El diseño gráfico como eje... | 198 |

| | |
|---|-----|
| B. La revista <i>Zig-Zag</i> por dentro. Análisis de los contenidos | 204 |
| “Bella, buena y reina del hogar”. Secciones femeninas | 211 |
| Posando para <i>Zig-Zag</i> . Páginas de vida social | 222 |
| Al ritmo de los días. Actualidades | 228 |
| Elogio del individuo. Cultura, arte y espectáculos | 236 |
| <i>Zig-Zag</i> induce. El editorial | 248 |
| Creación y crítica literaria en <i>Zig-Zag</i> | 254 |
| 2. Mundo del lector | 259 |
| Comunidades de lectores | 259 |
| Prácticas de lectura | 266 |
| Espacios de lectura | 274 |
| Población, alfabetización, instrucción | 280 |
| 3. Contrastes | 289 |
| A. Lectura de imágenes y lectura de textos | 292 |
| De lo sugerente a lo evidente. Portadas | 294 |
| La fotografía por sobre la imaginación | 299 |
| Importación de costumbres a través del consumo | 304 |
| B. Radio, cine y lectura en voz alta | 311 |
| C. Representaciones de la lectura | 318 |
| CONCLUSIONES ¿Cómo se leía? | 329 |
| Anexos | 337 |
| Apéndice Bibliográfico | 339 |
| Revistas por orden de materias, 1931-1938 | 349 |
| Población, instrucción y analfabetismo | 350 |
| Índice de Ilustraciones | 355 |

PRÓLOGO

Historia e historiografía. Consideraciones sobre formas de hacer historia y sobre una historia de la lectura y los lectores.

Pensar en la historia, y pensar historiográficamente, hoy en día suman problemas que en algunos momentos se consideraban ya superados. Durante décadas se ha venido propiciando, permanentemente, el surgimiento de nuevas y definitivas historias, cada cual con sus reconocidos avances y aportes al conocimiento, pero, al mismo tiempo, con sus propios procesos dialécticos que les han condenado a ser superadas o, al menos, a tener que competir con otras nuevas formas que, a su vez, se presentan como más promisorias, actualizadas o modernas. Se trata de la muy antigua, y también positiva, pretensión del descubrimiento, de la fuerza de la investigación, de estar buscando continuamente el saltar las fronteras del conocimiento formalizado y de poder ir siempre más allá.

En este caso, no es necesario hacer un recorrido por la historiografía del siglo XX. Ni siquiera centrarse en lo que ha sido el camino seguido por una de sus manifestaciones particulares, la Escuela de los Annales, quizás la de mayor impacto por sus efectos intelectuales y por estar en sucesivas etapas de maduración. Los procesos seguidos por el paso de cada una de sus generaciones, de sus maestros, de sus obras clásicas o fundamentales, han sido reiteradamente estudiados, editados y divulgados y permiten conformar un largo listado de títulos de artículos y libros que ha sido sintetizado

y explicado muy oportuna y eficientemente por Peter Burke.

Obviamente, la situación alcanza de algún modo a la historiografía chilena que, al momento, se encuentra en una interesante situación: por una parte, según las tendencias de sus representantes más posesionados institucionalmente, fuertemente dividida entre una historia sociológica, una historia de ensayos o biográfica y una historia profesionalizante, de investigación; y, por otra, fuertemente motivada y sacudida por una nueva generación de jóvenes historiadores que, entusiasmados con sus propias interrogantes, sus capacidades de generar conocimiento con esfuerzo, pero también con libertad intelectual, se han dirigido nuevamente al pasado para hacer nuevas lecturas y nuevas composiciones de procesos o de situaciones en perspectivas de análisis amplios y fundamentados que prácticamente rompen con toda forma reiterativa de hacer historia. Han comprendido, entre otros aspectos, que la historia y el conocimiento de la historia es ante todo un problema y un conjunto de problemas y que frente a ello no se requiere tanto de miradas únicas y previamente determinadas, sino fundamentalmente de plantearse ante ellas con ingenio y fuerza intelectual a objeto de traer las nuevas significaciones que se buscan para comprender su propio tiempo, al modo como éste se los exige. Entrando en la ya significativa lista de esta generación, de la cual ya han surgido interesantes textos, se encuentra la obra que aquí presentamos. Intenta un ejercicio de nivel, moviéndose entre consideraciones teóricas y el desarrollo práctico de una investigación sobre las lecturas y los lectores en Chile entre 1930 y 1945, tomando como base de estudio la revisión de la revista *Zig-Zag*, que tuvo una exitosa y muy recordada trayectoria en el Chile de gran parte del s. XX.

Si este libro fuese sólo la síntesis de una investigación, traducida únicamente por la descripción de datos concretos, li-

mitándose a ordenar el discurso posible de construir en esos términos, bastaría con decir que se trata de un muy buen e interesante esfuerzo intelectual que se inscribe en el listado de lo previamente existente sobre historia del libro, de la lectura y de lo escasamente escrito sobre los lectores, y que trata de proyectarse poco más allá. No obstante, el trabajo está lejos de aquello. El autor se esfuerza por adentrarse en caminos más complejos y sitúa su análisis historiográfico en medio de algunos problemas teóricos relevantes, no sólo con respecto a los grandes temas centrales de su análisis (las diferencias entre historia de la imprenta e historia de la lectura, entre historia de las ediciones e historia de los lectores) sino también en lo que concierne a debates existentes entre formas de hacer historia (historia de las mentalidades, historia de la cultura, historia cultural de lo social), todo lo cual, por lo tanto, posibilita y amerita considerar y reflexionar sobre éstas y otras cuestiones. En primer lugar, pensando en los conocidos niveles de los análisis económico, social, y afectivo-mental y de la historia serial del tercer nivel, esta es una buena oportunidad para hacer un breve recordatorio acerca de ya olvidadas discusiones, pero siempre presentes temáticas que partieron, en ciertos sentidos, desde la entrada de los métodos cuantitativos a un mundo de la historia observado más bien como exclusiva recreación literaria. En segundo lugar, pensando entre formas de hacer historia, una mejor ocasión para volver a situar los alcances de la historia económica, de la historia de las mentalidades y, ahora, de la historia social de la cultura, o historia cultural de lo social, ordenando algunas ideas a partir del mismo Roger Chartier para detenernos, finalmente, en las nuevas rutas que se abren, en los caminos de la historia y en la siempre responsabilidad social de los historiadores.

Cuando se entra a una problemática tan interesante como la de este libro, que intenta, a partir de determinadas ofertas

literarias, descubrir las diferencias entre la lectura y el mundo de los lectores, no hay duda alguna que es necesario plantearse frente a cuestiones metodológicas que puedan permitir aproximarse en mejores formas a su estudio. El mundo de los lectores, plural, diverso, diferenciado. Como tantos otros temas de la historiografía más actualizada, pareciera ser necesaria la distinción entre una forma colectivizada de ver este tipo de problemas y los requerimientos previos para fundamentar de que efectivamente se trata de un comportamiento socializado y no de una simple presunción del historiador a partir de casos individuales. En estos aspectos puede ser importante volver a darle significación a la cuantificación en la historia, no como objetivo, sino como medio para poder dimensionar correctamente los fenómenos en estudio. En este breve recordatorio de dichas situaciones es que me permito intercalar algunas ideas rescatadas de un antiguo trabajo que aún mantiene sus significaciones¹.

Se trata de reiterar la necesidad de uso de los métodos y, en este caso, no hay que olvidar que una de las situaciones más interesantes, aunque también más discutidas, de la historiografía de la segunda mitad del s. XX, fue el acercamiento progresivo, por lo menos en un sector importante de los historiadores, entre ésta y las ciencias sociales. Esta relación, promovida principalmente por la historiografía francesa desde los años 1930 y visualizable especialmente a propósito de la historia económica y social, en algunos casos llegó a una situación quizás límite con la entusiasmada incorporación de técnicas cuantitativas al nivel de un manejo matemático y estadístico de magnitud.

¹ Cavieres, Eduardo, *Historia cuantitativa: posibilidades y limitaciones*. Corporación de Promoción Universitaria, CPU, Documento de Trabajo núm. 45, Santiago, julio de 1977.

Por el lado de los fundamentos de estos acercamientos, es obvio que las primeras justificaciones, o rechazos a los mismos, se presentan según la perspectiva con la cual nos enfrentamos a la historia y a su conocimiento. Sus visiones románticas, liberales, positivistas, historicistas o como queramos llamarles, tienen reconocidos méritos y aportes, pero al mismo tiempo, esquivaron la responsabilidad del historiador de plantearse igualmente frente a fenómenos colectivos y globales y de referirse a los hechos o acciones dentro de sus contextos y bases sociales a partir de los cuales se dan. Así como la presencia de la multitud en la historia fue llevada a la exageración en algunos casos, como a su minimización en otros, del mismo modo se exageró en la negación por el interés en aquellas formas repetitivas e incluso inconscientes del vivir humano, que traducidas en realidades sociales, si bien no determinan la historia es lícito señalar que la configuran. Diversos ensayos, discursos académicos, obras, se han referido al particular recordando entre otros, por los más conocidos, los *Combates por la Historia* de Febvre, los *Escritos sobre la Historia* de Braudel, variados artículos de Pierre Chaunu o de Pierre Vilar, o la inmensidad de literatura teórica que al respecto se encuentran en las páginas de la siempre discutida y vigente revista *Annales S.E.C.*

En relación estrecha con ese tipo de problemáticas se presentan las dificultades consiguientes del método. Si se acepta el estudio íntegro del acontecer social con todos los aspectos que están implícitos en determinadas formas de vida, desde aquellos que dicen relación con la satisfacción de necesidades mínimas, pero vitales, como lo son el de la procreación, la alimentación, habitación, etc., pasando a niveles de mayor grado de elaboración mental como lo es un quehacer productivo, un intercambio de bienes, tipos de inversiones, creación de instrumentos que permiten realizarlos o, aún más,

vías de comunicación, medios de transporte, una organización social, etc., etc, nos remontamos a situaciones específicas y complejas que requieren de una documentación particular en la que no bastan las fuentes de probada historicidad en sí mismas, lo cual nos lleva irremediablemente a acudir a otras documentaciones que no siendo singulares o únicas, y que aún siendo repetitivas, nos permiten acercarnos a través de acertadas formas metodológicas a este tipo de fenómenos o realidades, no tan sólo para aprobar la afirmación de que si “un dato puede contener la verdad, doscientos nos libran del error”², sino también para deducir situaciones que, en la mayoría de las fuentes valoradas por su gran consistencia histórica se eluden.

Así pues, se unen y confunden objetivos del conocimiento con método o métodos para enfrentar estas otras fuentes no propiamente históricas en cuanto a su singularidad, pero sí ricas y fértiles para desentrañar una parte inmensa del quehacer socio-cultural del pasado. Y son estos métodos los que acercan a las otras ciencias sociales: a la sociología, a la demografía, a la economía, al derecho, a la antropología.

Algunas de ellas exigen un vocabulario y una conceptualización especial y por ser propias de una realidad muy contemporánea y próxima a nosotros ofrecen un riesgo muy grande al posibilitar el entusiasmo desmedido y apresurado del historiador, que puede llegar a medir con otras varas a sociedades que en la esencia mecánica del actuar pueden ofrecer reacciones similares, pero nunca idénticas, si se hace el esfuerzo por ver las particulares motivaciones que la guían y

² Vicens Vives, Jaime, Prólogo a la *Historia General de las Civilizaciones*, dirigida por M. Crouzet, Ediciones Destino, Barcelona, 1958, Vol. I, págs. 15-16.

caracterizan. En cambio, parece ser que el empleo de estadísticas y cifras, en forma adecuada y responsable, aún para sociedades pre-estadísticas en su conciencia, han permitido confirmar algunas suposiciones que de otra manera quedaban sólo en el planteamiento hipotético, generalizado, y visualizado a lo más, en forma indirecta. Lo más importante es que se terminó aceptando que lo anterior no elimina ni descarta el trabajo propiamente historiográfico y que se puede mantener y considerar el privilegio último y esencial del historiador en el sentido de que éste no sólo ordena y analiza esas cifras, sino que le corresponde y debe interpretarlas para darles vitalidad y con ello vida.

Esto es lo general y la formulación teórica del problema. Debe hacerse una primera precisión: así como el historiador ha buscado al interior de las ciencias sociales, los demógrafos, sociólogos y especialmente los economistas se han vuelto al pasado y han intentado adentrarse en él, utilizando sus propios modelos y formulismos dando mayor complejidad al problema y llegando en algunos casos a la crítica profunda de la llamada *historia tradicional*, crítica que aún viniendo *desde fuera* ha motivado interesantes y clarificadoras discusiones sobre el particular³. Al respecto, las observaciones de importantes historiadores, han sido permanentes. En su momento, Pierre Vilar señalaba que:

Ignorar a los predecesores es, a la vez, ganar y perder el tiempo. Olvidar las advertencias clásicas significa correr los mayores peligros. Apoyarse sin crítica en fuentes dispares es provocar en el historiador una desconfianza insalvable. Este sabe que en un salto atrás de uno o dos

³ Cf. Marczewski J. y Pierre Vilar, *¿Qué es la historia cuantitativa?*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1965.

*siglos las palabras y las cifras cambian de sentido. Después de todo, en la historia cuantitativa está lo cualitativo, pero también está la historia*⁴.

Desde luego, la cuantificación se identificó mayormente con la llamada nueva historia económica, pero desde allí su utilización fue abarcando una red mayor de problemas que le llevaron casi naturalmente al campo de la historia política, del derecho, etc., creando siempre nuevas fuentes de discusión en torno a los móviles de la historia y a las especialidades de la investigación. El problema central es que, así como la actividad del Estado o la de otros fenómenos sociales están estrechamente relacionados por complejos vínculos que determinan acontecimientos y transformaciones haciendo imposible aislar en forma absoluta determinados aspectos y parcializar la historia, el conocimiento de ellos no puede ser de propiedad de algunos especialistas que, si bien es cierto pueden ser autoridad en su materia, no pueden desconocer la implementación que significa una buena relación entre las diferentes áreas o especialidades.

Por entonces fue cuando Pierre Chaunu otorgó a los métodos cuantitativos un carácter historiográfico al denominarles como la nueva historia serial. Señalaba que, desde los años 1950, pasando por el auge de los modelos teóricos de los años 1960, se estaba llegando a una nueva etapa de cuantificación histórica o historia serial, como la denominó, en donde se trataba de alcanzar una aproximación a las actitudes y comportamientos sociales tomando la cuantificación como medio y no como fin. Ello tendería, precisamente, a

⁴ Para una mejor comprensión entre economistas e historiadores Vilar, Pierre, “¿Historia cuantitativa o econometría retrospectiva?”, en *¿Qué es la historia...?*, pág. 72.

superar esa tensión existente entre lo cualitativo y lo cuantitativo. Agregaba que:

La cuantificación, como su instrumento, el ordenador, está al servicio de la cualidad; la cuantificación, historia serial de los sistemas de civilización, debe ser un retorno a lo cualitativo. Requiere más finura de espíritu que concepción geométrica⁵.

Los trabajos del mismo Chaunu, o de Goubert, por nombrar sólo a dos historiadores a título de ilustración, exigieron de esfuerzos humanos y materiales de grandes dimensiones y en la mayoría de los casos tendieron hacia la explicación de un problema particular o al análisis de una sociedad regional. *Sevilla y el Atlántico* como historia económica, *Beauvais et les Beauvasiens*, demografía histórica, nos permiten apreciar la magnitud de la documentación utilizada.

Para la historia de Chile, los avances fueron significativos, en algunos casos espectaculares. Casi el descubrimiento de la vida social de base y con ello de las documentaciones respectivas para hacer posible su conocimiento: archivos parroquiales, judiciales, notariales, municipales, particulares. Juicios de Real Audiencia o de Tribunal Superior de Justicia. Contaduría Mayor, Tribunal de Cuentas o Tesorerías. ¿Cuántos más? Miles y miles de documentos, de cifras. Estadísticas, series, interpretación. El conocimiento histórico, como función de investigación, se revitalizó y volvió a ser conocimiento fundamental. Al decir de Vilar, técnica de investigación y método de pensamiento.

Los problemas señalados permiten volver a las líneas ini-

⁵ Chaunu, Pierre, "¿Es necesario privilegiar una determinada forma de historia?", en *El Método Histórico (Conversaciones)*, Universidad de Navarra, Pamplona, 1974.

ciales. A las perspectivas con que puede enfrentarse la historia y la justificación de los métodos. Lógicamente, se debe historiar con y en función de la formación del historiador. A partir de ello, y basándose en la propia experiencia histórica, se debe observar el pasado en su mayor integridad posible. Reconocer el papel fundamental de la personalidad como ente individual y consciente, que transforma la historia a través de los grandes hechos y creaciones, pero, al mismo tiempo, *en y dentro* de un contexto social mayor a partir del cual se genera y deriva su acción. Conocer el pasado en las grandes decisiones y también en el actuar pausado, lento y agobiante de las grandes mayorías que no entran ni ganan mayor tiempo del vital, pero que han hecho posible, en cada uno de sus pasos, aquello que se ha convertido en lo más trascendental.

Del mismo modo, es lícita la ayuda y colaboración de otros métodos y otras disciplinas sociales. No para instrumentar o instrumentalizarse. No siempre es necesario que como historiador haya que convertirse en economista, demógrafo o sociólogo. Más bien algo de economía, demografía o sociología permite sondear el pasado con la misma legitimidad que otros historiadores han utilizado y utilizan la lingüística, la literatura, la filosofía u otras disciplinas o métodos sin que por ello hayan dejado de ser historiadores.

En lo cerrado de las especialidades es frecuente marginar intereses del campo histórico. La expresión *esto no es historia* se ha centrado insistentemente sobre las más diversas experiencias de la población, también sobre la historia económica o sobre la demografía histórica y actualmente, incluso, sobre períodos o situaciones del pasado eliminados por su sola temporalidad. Para muchos, la historia es casi el presente. Si tomamos el caso de la demografía histórica, siendo método, es también historia vital. Ella requiere y exige de

series estadísticas. Datos que van desde los índices de nupcialidad, fertilidad, mortalidad, que re-crean actos vitales mínimos expresados en el registro de las entradas y salidas por la aduana de la vida, a otros que dicen relación con la localización, habitación, ocupación, estructura por edades, sexo, profesión, etc. Son todos estos aspectos básicos que explican y se explican por situaciones mayores y que sin técnicas cuantitativas no podrían expresarse, pero sin análisis histórico no podrían comprenderse. En los índices, corresponden a masificaciones. Pero, para llegar a ello, estudios como la reconstitución de familias permiten a la vez la individualización prolija de un alto sector de la población del pasado que nunca antes se había intentado. El conocimiento que se adquiere es de una fuerte consistencia y vitalidad, y las relaciones que se logran pasando gradualmente desde la base inconsciente a lo singular de lo consciente, explican en una forma bastante íntegra el acontecer transcurrido.

El desarrollo de estas formas historiográficas ha sido constante y complejo. Desde una línea de avances, podríamos visualizar el camino seguido desde la historia demográfica a la historia de la familia, desde ésta a las mentalidades y desde allí a la historia social de la cultura. No necesariamente se trata de un solo recorrido, pero quizás en esta secuencia se puedan observar con cierta claridad el salto desde la historia de base, contada en el sentido numérico del término, a la historia de las representaciones, contada en el sentido literario del mismo. Es en una de sus últimas expresiones, en donde se intenta ubicar este libro y por ello es imposible dejar de referirse a esta *forma de hacer historia* o a uno de sus mentores principales, el francés Roger Chartier.

En más de alguna entrevista, Chartier se ha referido precisamente a los problemas de la historiografía actual, al menos en lo que se refiere a estos caminos emprendidos desde

la historia cuantitativa hasta algunas de las expresiones más recientes de lo que genéricamente podemos denominar como social. En primer lugar, la reafirmación, ya hecha en su oportunidad por el inglés Lawrence Stone de que, finalmente, al fin de cuentas, la historia escrita es siempre un discurso que, de cualquier forma que se presente, es relato. Incluso cuando el historiador se sirve de series estadísticas, sigue dependiendo de categorías relativas a cómo hacer actuar a sus personajes, a la construcción de la temporalidad histórica o a la concepción de las relaciones de causalidad. En otra oportunidad, Chartier señalaba que no necesariamente lo anterior significa renuncia absoluta a lo serial, puesto que la constitución de las estadísticas o de las series puede ser efectivamente un primer punto de referencia de la distribución de un material⁶.

Detrás de estos tipos de consideraciones, lo cierto es que, de todas maneras, podemos descubrir cierta linealidad (aun cuando no en sentido irrestricto) en el cómo se han venido produciendo los desarrollos historiográficos que hemos venido conociendo en las últimas décadas. Como lo hemos señalado anteriormente, en una de esas líneas, desde lo cuantitativo, aplicado en su momento especialmente a la historia económica, se pasó a la aplicación de métodos similares al estudio de las poblaciones del pasado, más técnicamente a la demografía histórica, y, desde allí, a la historia de la familia

⁶ Entrevista realizada por Noemí Goldman y Oscar Terán, Revista *Ciencia Hoy*, Vol. 6, núm. 31, Buenos Aires y reproducida por *El Mercurio* de Santiago, E4 y 5, 26 de noviembre del 2000; también *Diálogo a propósito de la historia cultural*, Pierre Bourdieu, Roger Chartier y Robert Darnton, Actes de la Recherche en Sciences Sociales, 1985, reproducida en *Archipiélago*, núm. 47, págs. 41-58, Barcelona 2001.

en donde igualmente podríamos reconocer y adecuar los tres niveles recordados por Vovelle: el de la vida material y económica, estimada y calculada en muchos de sus aspectos; el de la vida de las múltiples formas de relaciones sociales, mayoritariamente descrita; y el de la vida de los afectos y sentimientos, profundamente imaginada y significada. Por cierto, bajo cualquiera de las formas que puede asumir el relato, puede perfectamente caber, en primer lugar, el ejercicio de estimar, a través de un determinado tipo de cálculo la dimensión social del fenómeno estudiado. Aun cuando Hobsbawm ha explicado, muy delicadamente, los cambios experimentados por la historia social desde sus expresiones más ligadas al estudio de movimientos de base hasta sus manifestaciones últimas que no desestiman expresión alguna de carácter grupal, sigue presente un problema de fondo referido a cuándo un determinado aspecto de la vida que puede exteriorizarse desde un punto de vista individual llega efectivamente a socializarse. Se trata del problema entre historia de vida e historias de vidas, la biografía y la historia social propiamente tal. ¿Y qué decir de las débiles fronteras entre la vida privada (quizás más bien vida íntima) y la vida pública?

Por este tipo de problemas podemos acercarnos a otra línea de desarrollo: desde la historia de las mentalidades, pasando incluso por formas de psico-historia hasta la historia de las representaciones o, últimamente, recordando nuevamente a Chartier, historia cultural de la sociedad. Es cierto que la historia de las mentalidades, que ha sido tremendamente fructífera y que abrió tantas posibilidades, resurgió en sus últimas expresiones rodeada por desconfianzas variadas fundamentadas en sus ambigüedades y falta de definiciones precisas acerca de sus temas y manejos analíticos. Para ello bastaría con recoger los variados análisis sobre el particular

vertidos por el mismísimo Michel Vovelle. No obstante, como nuestro personaje central acá, a propósito del libro, sigue siendo Chartier, volvamos a algunas de sus ideas al respecto. En uno de los documentos citados anteriormente, conversando con Robert Darnton a propósito de las críticas realizadas por éste hacia las mentalidades, recogía parte de esas aprehensiones y se detenía en la especie de síntesis realizada por Darnton entre historia de las mentalidades e historiografía francesa: en primer lugar, la consideración de que la noción misma de mentalidad es borrosa, imprecisa e indecisa; en segundo lugar, quizás más focalizadamente, el recusar el programa y la práctica de la historia de las mentalidades en sus expresiones serial y cuantitativa al modo como la había definido Pierre Chaunu utilizando el término de historia serial de tercer nivel, el de la cultura ubicada sobre los de economía y sociedad. La crítica central sería que los objetos culturales no son de la misma naturaleza que las series aportadas por la historia económica o por la demografía histórica. Además, la cultura no podría ser pensada como uno de los niveles de una totalidad social estructurada como una casa de tres pisos dado que todas las relaciones entre los hombres son relaciones culturales. Lo que enfatizaba Chartier era el hecho que no necesariamente todo ello daba cuenta de la realidad de la historia cultural francesa y que lo que había sido definido por Chaunu en su oportunidad tampoco era expresión de lo que los historiadores franceses realizaron posteriormente⁷.

Diferenciando entre las propuestas de la historia de las mentalidades y sus propios análisis historiográficos, en 1998, el mismo Chartier caracterizaba el estado de la misma con

⁷ *Diálogo a propósito de la historia cultural...*, Archipiélago, pág. 42.

sus impresiones relativas a no parecerle que, después de las críticas de Carlo Ginzburg o Geoffrey Lloyd, hubiese todavía muchos historiadores utilizando o aceptando la categoría de mentalidad. Afirmaba que ya no se admitía la idea según la cual se podría caracterizar una mentalidad única y coherente, *la* mentalidad, que fuese propia de una sociedad entera, de un medio social, de una clase o individuo singular. Ello no debería entenderse como una caricatura de los proyectos de Lucien Febvre o de Robert Mandrou, con obras fundamentales no agotadas en el tiempo, pero sí se tenía que considerar que la historia cultural prefería hacer hincapié “en la pluralidad de las racionalidades que un mismo grupo o individuo puede movilizar según los contextos y circunstancias, o en la relación entre las representaciones mentales, los sistemas de percepción y clasificación del mundo social y las prácticas – cualesquiera que sean”⁸.

No es el propósito detenernos aquí en consideraciones relativas a una defensa de la historia de las mentalidades, de la cual seguimos, en su oportunidad, los desarrollos franceses en sus aplicaciones para una versión local a través de un reconocido Seminario desarrollado en el Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile a través de parte importante de las décadas de 1980 y 1990, dirigido por Rolando Mellafe y continuado en versiones anuales a partir de mi propia Dirección. En paralelo, en los cuatro últimos años, se encuentra igualmente la edición de la *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, publicación liderada

⁸ Entrevista de Juan José Marín Hernández, revista *Panorama*, Universidad Nacional de Costa Rica, año 2, núm. 6, marzo 1999; dossier, pág. 3 (publicada también en *Revista de Historia de América*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, núm. 125, jul-dic 1999, págs. 151-160).

en Santiago por René Salinas. Además, en paralelo a estas valiosas experiencias académicas, no podría olvidarse la realización de las Jornadas de Historia de las Mentalidades, homenaje a Georges Duby, realizadas en la misma Universidad de Chile en 1999, que contaron con la presencia activa de Michel Vovelle, ocasión en la cual hubo oportunidad para discutir, precisamente, el estado de esa historiografía y algunas de sus variantes y/o vertientes, como puede ser el caso de la psico-historia, temas respecto de los cuales, a propósito del carácter de procesos como los de desacralización, hubo un interesante cambio de opiniones con el mismo Vovelle⁹. En realidad y en la práctica, la historia de las mentalidades entregó y puede seguir entregando importantes aportes a la historiografía, pero también es cierto que la discusión teórica sigue cumpliendo el interesante rol de abrir nuevos cauces a la investigación positiva y a los métodos de análisis.

Estamos, pues, en la Historia de la Cultura o, mejor dicho, en los dominios de la historia cultural. Al respecto, propongo algunas precisiones volviendo al mismo Chartier. Según éste, en la medida que se produjo un desplazamiento en la historia social, desde la construcción de jerarquías hacia la identificación de redes e interdependencias, se produjo una forma de *historia cultural de lo social*, expresión que no define ni un método ni una escuela sino que fue propuesta por él mismo como una alternativa a la historia social de la cultura que dominaba un área importante de la escena historiográfica de los años 1960 y 1970. Su idea central era

⁹ Las Jornadas fueron publicadas como Monografías núm. 1 de los Cuadernos de Historia, Santiago, enero del 2000; el intercambio de opiniones con Vovelle en Eduardo Cavieres, *Mentalidades y Sociedad en perspectiva Histórica*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, UCV, Valparaíso, 1998.

afirmar la necesidad de pensar cada realidad objetiva –una transacción comercial, un conflicto social, la resistencia opuesta a un poder, etc.– como culturalmente constituida, lo que no significa entender, necesariamente, que las tensiones o prácticas sociales puedan reducirse a puros discursos¹⁰. En otro momento, precisaba algo más acerca de las prácticas de la historia cultural, caracterizada en los últimos tiempos, por la problemática de los usos, del empleo plural de los objetos culturales y en ello, en sus estudios, la construcción de estadísticas o de series puede ser punto de referencia básico para la distribución de un material¹¹. Esta última situación la podríamos traducir como el establecer los datos a partir de los cuales se pueden buscar las significaciones de los mismos. Si volvemos a páginas anteriores, es la reafirmación de que lo cuantitativo siempre ha sido un método y no un fin en sí mismo. Las formas en que se da cuenta de la historia es la expresión intelectual que verdaderamente importa.

La cultura definida como universo simbólico plantea todo el complejo problema de las significaciones que los historiadores pueden otorgarle al análisis de sus textos. De acuerdo con Clifford Geertz, la cultura se nos presenta como todo objeto, acto, acontecimiento, cualidad o relación que sirve de soporte a una representación. Estas ideas nos acercan directamente a la temática de este libro y, es claro, que debemos hacerlo también a partir de Chartier. Inserta dentro de estos nuevos campos de desarrollo historiográfico, emerge la también *nueva* historia del libro y de la lectura,

Es una historia técnica que supone el conocimiento de tradiciones diversas: la bibliografía a la manera inglesa o estadounidense, las diversas corrientes de la crítica textual, la

¹⁰ Entrevista..., *Panorama*, pág. 5.

¹¹ Entrevista..., *Archipiélago*, pág. 47.

historia de la escritura, la sociología cultural retrospectiva heredada de los Annales, etc. Pero es una historia cuyo objeto fundamental es la comprensión de las relaciones de poder y la identificación de las diferencias sociales. Es difícil decir si los trabajos acumulados hasta ahora (monografías, encuestas colectivas, síntesis) alcanzaron completamente estos objetivos. Me parece sin embargo que, en primer lugar, la historia del libro permitió extender nuestra concepción de las diferencias *sociales* que no se reducen a una definición estrictamente económica (aunque ésta sea fundamental). Y por otro lado, esta historia procuró una visión más compleja de lo que Armando Petrucci ha llamado –diferenciándolos– el poder de la escritura y el poder sobre la escritura. Siguiendo la trayectoria que conduce del texto al libro y del libro a la lectura permite plantear un tema esencial de la comprensión histórica: el de la relación entre imposición e invención, entre coacciones siempre transgredidas y apropiaciones siempre refrenadas. En este sentido la historia de el libro y de la lectura ejemplifica interrogantes más amplias¹².

Aunque fundamental en la búsqueda de nuevos conocimientos, no siempre el trabajo historiográfico requiere de situarse sólo en la investigación propiamente tal. También es importante la reflexión y el hacer un análisis profundo de las preguntas y posibles respuestas que pueden emerger desde un texto. Lo señalado por Chartier, ha sido recogido adecuadamente por el autor del libro, y está muy bien que Álvaro Soffia se cuestione permanentemente frente a la problemática que trabaja. Ello no significa el desconocimiento de otros trabajos existentes sobre el tema. Los replanteamientos que se hacen sobre un determinado fenómeno y sobre cómo éste ha sido tratado intelectualmente, no necesariamente signifi-

¹² Entrevista..., *Panorama*, págs. 7-8.

can crítica adversa ni desvalorización de aquello que se reconoce ha permitido avanzar sobre situaciones no consideradas previamente o poco tratadas. En términos de la historia del libro en Chile, a partir de sus propias miradas y de sus respectivos análisis, lo producido por Bernardo Subercaseaux y otros, merece de toda estimación.

Lo que se trata acá es el intentar insertarse en algunas de las proposiciones de Chartier o de lo que éste asume a partir de Petrucci; por ejemplo, la distinción entre el poder de la escritura y el poder sobre la escritura. Aquí se distingue precisamente un punto específico de focalización para visualizar la cultura socializada. Si tomamos el caso de la revista *Zig-Zages* indudable que no se trata sólo de reconocer en ella un material digno para la simple entretención ni tampoco el pensar que sus ediciones llegaban sólo a un tipo de personas. En ambos casos, se trataría de generalizaciones que, aunque acertadas, dejarían mucho sin considerar. Por una parte, está su análisis, como material, en términos de la historia de lectura, sin más. Por otra, sus significados dentro del mundo de los lectores, situación bastante más compleja: ¿qué lectores?, ¿cuántos? ¿de qué nivel cultural, social, económico, etc.? Y llegamos al poder de la escritura: los mensajes, los signos, el mundo de las imágenes que se puede construir a partir de ella. Algo que para los lectores de la primera mitad del s. XX era una realidad asumida plenamente puesto que, al mismo tiempo, el leer era adentrarse en el tiempo y en el espacio; en lo próximo y en lo lejano, en lo conocido y en lo misterioso. El mundo de la lectura permitía participar de la historia y asombrarse frente a lo que había sucedido y a lo que estaba ocurriendo. Entre los editores y los lectores se propiciaba un verdadero juego dinámico de mutuas presiones y un sano espíritu de mutuas desconfianzas. En el sector de los editores, como siempre, se pretendía formar opiniones, pero al

mismo tiempo se descansaba en la recepción por parte del público. En el sector de los lectores, se adivinaba el poder de la escritura, pero no se quería estar ajeno a él. ¿Y que hay respecto al poder sobre la escritura? Quizás hoy en día se entienda más, pero por ello mismo quienes la poseen establecen fuertes competencias en pos de su control para entonces ejercer una presión demasiada abierta sobre los posibles consumidores. No sólo se ha perdido magia, sino fundamentalmente la capacidad de asombro. Al final, todo se convierte, en definitiva, en construcciones culturales de acuerdo a los niveles y posibilidades existentes. De alguna manera, prácticamente todos estos problemas, y también otros, están planteados en el texto.

La historia del libro dentro de una cultura de lo escrito. ¿Habría que recordar el ya clásico trabajo de Lucien Febvre sobre la aparición del libro en el siglo XVI? No siempre hay superación de ideas, pero lo que importa es el plantearse desde otras perspectivas, descubrir nuevas miradas. Y en ello la historiografía está siempre vigente. Más allá de las distinciones metodológicas y analíticas entre la historia de las mentalidades y la historia cultural de lo social, lo cierto es que Chartier, con su mundo de las representaciones, ha sabido poner énfasis en cuestiones fundamentales para una mejor comprensión de nuestras realidades sociales y culturales y que, reflexionando sobre parte de sus textos y puntualizaciones, el autor de este libro ha recogido importantes problemáticas que ha puesto en aplicación sobre un determinado material y un determinado tiempo de nuestra historia nacional. Desde tan diferentes posiciones, no sólo se piensa y trabaja sobre algunos temas comunes, sino que, además, igualmente se sigue recogiendo el desarrollo de una trayectoria historiográfica, que goza ya de una respetada duración, y de sus correspondientes problemas metodológicos.

Y esto no es todo. Volvamos una vez más a Chartier. Más allá de la obra y de la investigación propiamente tal, está también el planteamiento frente a la historia y a la historiografía del presente. En tiempos de incertidumbre histórica y de sus formas de conocimiento, Chartier ha pensado en que uno de los principales desafíos para los historiadores es el hecho de que se ha puesto en evidencia que aun cuando la historia se sirva de series estadísticas, la mayor y más fuerte orientación que tiene su discurso se dirige hacia el relato, lo que incide en las construcciones de la temporalidad histórica o en las concepciones de las relaciones de causalidad. Agrega:

El desafío es de una gravedad particular en un tiempo – el nuestro– en el que las fuertes aspiraciones y tendencias a realizar historias comunitarias, de identidades, corren el riesgo de anular toda distinción entre un saber controlado, universalmente aceptado, y las reconstrucciones míticas de pasados imaginarios¹³.

En esos términos, además de las cuestiones técnicas y metodológicas, vuelve a aparecer el rol del historiador, el proponer y desarrollar un conocimiento controlado y crítico:

Controlado porque respeta las reglas propias del oficio, como decía Marc Bloch, las operaciones técnicas necesarias para construir el objeto de investigación y los criterios de validación que, en un momento dado, permiten discriminar entre las interpretaciones aceptables y las que no lo son. Crítico porque procura a sus lectores una defensa contra las falsificaciones, las reescrituras o las alteraciones de la historia... Es sin duda la razón porque en

¹³ Entrevista, *El Mercurio* de Santiago, 26 de noviembre del 2000, E4.

Francia Marc Bloch, el gran medievalista, comprometido en la resistencia a los nazis y asesinado por ellos en 1944, encarna la doble figura del historiador y del ciudadano. Su compromiso político no se puede deducir de sus obras científicas, pero es claro que la exigencia crítica que fundamenta su obra histórica lo animó en su lucha contra la barbarie¹⁴.

Como decíamos al comienzo, la historiografía chilena no escapa a estos problemas generales y los historiadores chilenos tienen iguales desafíos en el oficio. En esto, los jóvenes también cuentan y tienen mucho que ofrecer en la búsqueda de un conocimiento controlado y crítico. Por lo menos, en este caso, me es interesante constatar, al momento de leer lo que he escrito, cuántas reflexiones se pueden obtener de un libro como éste.

EDUARDO CAVIERES

IHEAL; Paris, diciembre de 2002



¹⁴ Entrevista, *Panorama...*, pág. 8.